



Carlos Barral.

EN el un tanto caótico Coloquio Internacional sobre el Libro, celebrado recientemente en Caracas bajo el patrocinio del Instituto Nacional de Bellas Artes de Venezuela, por encima de la varia temática programada (competencia a la cultura impresa de los medios audiovisuales, problemas técnicos de intercomunicación entre las zonas de producción y de consumo de la cultura humanística en lengua castellana, etcétera), se impuso, por el peso de su importancia, pero también con caracteres de problema urgente, el análisis de la situación y de las perspectivas de florecimiento de la narrativa en lengua española. Fue un tema que saltó al centro de la discusión, que exigió terreno de batalla, fantasma desde todas las esquinas de disquisiciones aparentemente sin relación con él, y fue el tema que constituyó las posturas y los partidos. Los planteamientos se organizaron así:

1. A partir de la convicción casi unánime de que el problema era de momento un problema latinoamericano, en el que la novelística española carecía de función; la novelística española se daba unánimemente por inexistente y por condenada a no existir durante un largo período sino a remolque de las experiencias latinoamericanas.

2. En el enfrentamiento de un furioso patriotismo continental americano, cuyo paladín fue el crítico uruguayo Angel Rama, frente a la opinión de que la literatura cuyo destino nos preocupaba tenía principalmente una identidad lingüística y que, excepto en su función testimonial, que se estimaba secundaria, era una sola. Yo representé, frente a Rama, en constante y violenta polémica, esa opinión.

3. La incriminación del llamado «boom» de la narrativa latinoamericana como responsable de una función malthusiana en el desarrollo de una posible nueva literatura en

lengua española. La definición del «boom» y las discusiones acerca de si debía considerarse un accidente en la historia editorial o un sindicato vigente de intereses, se convirtió también en uno de los incidentes polémicos y se polarizó, asimismo, en Angel Rama y en mí.

4. Por unos y por otros caminos, por las más varias razones, cundió, también casi unánime, el pesimismo acerca de las posibilidades de continuidad en el florecimiento de la novela en lengua española.

Quién sabe si por casualidad los invitados españoles al coloquio, además de mí, José María Castellet, Angel González, Juan Goytisolo, o los latinoamericanos que venían de España, Mario Vargas Llosa, representábamos un matiz de opinión más optimista en general, menos dogmático en casi todos los campos y menos pesimista en lo tocante a las inmediatas aventuras de la novela castellana en España. Lo atribuyo a la casualidad porque tengo la impresión de que la opinión española está también más cerca de la de Rama que de la mía en las cuestiones particulares, y está dominada por un total pesimismo en cuanto al porvenir de la novelística nacional. Quisiera, pues, para que no todo quedase en acaloradas y amplamente regadas charlas americanas, dejar aquí constancia, aunque sea esquemáticamente, de mis puntos de vista sobre los principales temas polémicos que asomaron a la reunión de Caracas y que parecen tener la misma vigencia en España.

#### **SOBRE LA UNIDAD Y LA DIVERSIDAD DE LAS LITERATURAS EN LENGUA ESPAÑOLA, Y SOBRE EL DESTINO CONTINENTAL DE LAS LITERATURAS AMERICANAS**

Desde un punto de vista serio de la historia literaria, a mí me

## **Puntualización de motivos**

# **ENFRENTAMIENTOS NOVELISTICOS DE CONTINENTE A CONTINENTE**

**Carlos Barral**

parece que las literaturas en lengua española de nuestro tiempo constituyen un mosaico de literaturas dialectales equidistantes de un centro teórico, que es la lengua literaria del Barroco, en la misma medida que el español de hoy me parece un conjunto de dialectos equidistantes del conjunto de formas habladas del castellano de la época de la Conquista. En ese sentido, me parece tan dialectal la literatura que se escribe en Castilla como la que se escribe en Yucatán. Me parecen tan contrarios al sentido común los purismos academicistas de Madrid o de Bogotá, como el folklorismo dogmático de ciertos grupos literarios latinoamericanos.

Desde el punto de vista de las fuentes de experiencia, es evidente que entre España y Latinoamérica existe una primera diferencia radical, pero las diferencias zonales entre las literaturas latinoamericanas son a veces casi de la misma envergadura. De Hispanoamérica puede predicarse una relativa unidad de situación histórico-sociológica, pero eso es un elemento absolutamente insuficiente para configurar una literatura. Angel Rama, y los que como él piensan, trasladan al campo de la cultura literaria esquemas científicos o meramente periodísticos que se aplican a los análisis históricos. De la situación de dependencia general de América Latina deducen, por arte de magia, que la literatura latinoamericana sufre una presión colonial. Hablan de «colonialismo» literario. Pero, ¿de qué colonialismo? La metrópoli político-económica sería los Estados Unidos, y la metrópoli cultural, un país tan dependiente como los latinoamericanos y en un estado de semidesarrollo parecido al de algunos países latinoamericanos: España, que sería metrópoli nada más que por derecho histórico. Es evidente que esa contradicción es insalvable. Angel Rama explica la

situación colonial de la cultura americana con ejemplos tan pintorescos como la imposición desde Europa del Romanticismo, lo que sería equivalente a predicar la situación colonial del Mediterráneo en el siglo XIV por la expansión del gótico. Porque no se trata para los continentalistas de la situación colonial de las culturas literarias abortadas en lenguas indígenas americanas —fenómeno que no entra en absoluto en los planteamientos de la unidad y diversidad cultural—, sino de la situación actual y de la historia de la cultura criolla. Ese presunto colonialismo (¿español?) europeo, dice Rama con mentalidad rioplatense, se manifiesta en los últimos años con la imposición de formas europeas a la narrativa latinoamericana por parte de los autores del «boom». Los autores del «boom» se habrían convertido sin saberlo en agentes del imperialismo cultural europeo por el hecho de vivir en París o en Barcelona y por haber asimilado antes que algún escritor de Tucumán o de Cochabamba las experiencias de las literaturas occidentales no americanas de los últimos treinta años.

#### **SOBRE LA NATURALEZA Y LA CONTINUIDAD DEL «BOOM»**

En opinión de Angel Rama —y de otros muchos—, el «boom» es un sindicato de intereses nada casual, club constituido por un grupo de escritores exitosos patrocinados por determinados editores y determinados agentes literarios, y que se caracteriza por la discriminada propiedad de sus académicos sillones. Hay sillones vitalicios, los que ocupan García Márquez, Vargas Llosa, Cortázar y Fuentes, y sillones de posesión rotativa, los que se atribuyen a Cabrera Infante o a Donoso; por ejemplo, y hasta alguno de cortesía, al que, como una concesión geográfica, se admite a



José María Castellet.

veces a un representante europeo: Juan Goytisolo. También hay sillas para los plenos, en las que se puede invitar a sentarse a escritores como Sabato, Rulfo, y, en fin, palcos con celosía para algunos editores afortunados, celadores de la conservación del prodigio y para algún agente literario. Según ese mismo punto de vista, la persistencia del «boom» estaría limitando las posibilidades de expansión de una narrativa anterior al fenómeno y de por lo menos igual grado de dignidad (la de la generación de Borges, Asturias y Arguedas), y estaría limitando el nacimiento editorial de una narrativa posterior, edipicamente determinada por la necesidad de plantearse en contra de módulos estilísticos y políticos de ese sindicato de afortunados autores. Seguramente por temor a las inmensas derivaciones que una implicación de ese tipo pudiera tener, evitan, Rama y los que como él piensan, poner de relieve la íntima relación innegablemente existente entre la eclosión de la generación del «boom» y el apogeo internacional en los medios intelectuales de la revolución cubana.

Mi idea acerca de la naturaleza del «boom», en cuya proyección editorial generalmente se me implica, es más bien simple. Yo diría que desde el punto de vista de la historia literaria, el «boom» es, sobre todo, una coincidencia. Se trata de un grupo de escritores que en distintos países y en circunstancias diferentes efectúan un esfuerzo notable por liberarse de la tradición indigenista, por desfloklorizarse, por ingresar abiertamente en una temática universal (¿no será Borges el Norte de sus esfuerzos primeros?). A esa aspiración más o menos casualmente coincidente entre escritores que operan en distintos medios, se sumaron coincidencias importantes: el que la revolución cubana, por ejemplo, los re-

uniera ideológica y materialmente, el que las circunstancias los junta en Europa —un espacio más chico del que habitualmente los separaba— y una circunstancia específicamente no literaria: el que la edición española se interesase por ese hecho. Pero a mi juicio, el «boom» ya no existe más que a nivel de explotación editorial. Las aparentes coincidencias literarias se han desvanecido y cada uno de los escritores más representativos (Vargas Llosa, García Márquez o Cortázar, para citar los de sillones en propiedad según la imagen de Rama) constituye desde hace algún tiempo una particular historia literaria, y en verdad nada sino la amistad relaciona seriamente a Goytisolo o a Donoso con Gabriel García Márquez. Lo que sí ocurre es que la edición de ambiciones más comerciales, tanto en España como en América Latina, tiene a pertear un incidente como el que el «boom» fue, por lo que tiene de explotable publicitariamente, y amenaza con conminar a esos escritores a que se conviertan en máquinas productoras de artículos de consumo a la cadencia que marque el mercado. Pero ese es el papel de la edición en los mecanismos culturales, y nada indica que ese papel pueda realmente influir en la historia literaria. También me parece cierto que la persistencia artificial del «boom» puede perjudicar transitoriamente el acceso a la imprenta de una literatura más joven, necesariamente en contradicción con la que hoy reclaman las máquinas de imprimir. Pero ese no puede ser más que un retraso, esa literatura existirá quiéranlo o no los administradores industriales de la cultura impresa.

#### EL PORVENIR INMEDIATO DE LA NOVELA ESPAÑOLA

El súbito florecimiento editorial de la novela latinoamericana (la del



Ángel González.

«boom» y aquella de novela anterior que antes de él era víctima de la castradora balcanización de la literatura en lengua castellana) ha coincidido realmente con una crisis de poética de la novela española. Los novelistas españoles de la generación del «boom» se adscribieron casi sin excepción —y hay que decirlo todo, de un modo sospechosamente consciente— a una poética de emergencia, la del llamado realismo social, que, como todos sabemos y tantas veces hemos dicho, ha hecho crisis en los últimos diez años. Por otra parte, las más notables figuras renovadoras de nuestra novela (Sánchez Ferlosio, Martín Santos...) han enmudecido o han muerto. Así es que en un absolutamente casual período de reorganización y de rearme de nuestra novelística, el «boom» y sus consecuencias han venido a convencer a casi todo el mundo de que la narrativa ultramarina venía a sustituir a la agonizante narrativa española. Esta situación dio lugar a una polémica que no dudaría en calificar de pintoresca y que hace un par de años asomó a las páginas literarias de algunos órganos de opinión. Daba la impresión de que algunos escritores españoles, más que escocidos en la piel de su prestigio, se sentían desplazados del mercado de lectores, casi en grado parecido al de los agricultores del Mercado Común por los exportadores de países pobres, y a esa polémica asomó el empleo de las armas más viles, como la denigración crítica de los exitosos novelistas latinoamericanos. Tampoco faltaron los puristas que acusaron con horror de impureza lingüística a la prosa de los triunfadores. Entre tanto, no hubo nada, ninguna novela española se situó a la altura crítica y de seria consideración de sus competidoras latinoamericanas puestas en tela de juicio. En tal estado de cosas resul-

ta fácil afirmar, y casi todo el mundo lo hizo (no debe extrañarnos que ahora se diga en Latinoamérica), que la novela española atravesaba un grave período de indigencia. Sin embargo, eso no es tan claro —en la misma medida que no lo es que no prometa existir una novelística posterior al «boom» en Latinoamérica—. Tengo el convencimiento de que si existe, o comienza al menos a existir, una novela española y latinoamericana posterior al «boom», una literatura que en su conjunto se debería definir como menos anecdótica, más preocupada por el material lingüístico y por las significaciones generales y aleatorias. También tengo la impresión de que una parte de la narrativa española que estuvo más o menos comprometida con la poética del realismo y las limitaciones estilísticas del naturalismo, ha iniciado una evolución esperanzadora, y en tanto que editor cuya responsabilidad profesional está seguramente unida tanto a aquella etapa social-realista como al proceso de universalización de la novelística latinoamericana de la generación del «boom», me he decidido a probar a demostrarlo. Publicaré en los próximos meses una serie de obras de «novísimos» (Félix de Azúa, Javier Fernández de Castro, Ana María Moix, Carlos Trias, Javier del Amo) y una serie de libros de escritores de generaciones anteriores que han escogido nuevos rumbos (Antonio Ferrés, Juan García Hortelano, Concha Alós, Germán Sánchez Espeso, Ramón Carnicer), sin el examen de una parte de los cuales me parecería frívolo y deshonesto insistir, en el futuro inmediato, en la afirmación de una crisis de indigencia de la novela española. Pienso que desde mi especial punto de vista, ese es el argumento más sólido que puedo aportar a la polémica.